



LOS VASOS SANGUÍNEOS

Iano Fariña

LOS VASOS SANGUÍNEOS



Primera edición: febrero 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Iano Fariña

ISBN: 978-84-10082-86-1

ISBN digital: 978-84-10082-87-8

Depósito legal: M-5610-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Camille Bouziat

No necesito disfraz
Aqui esta mi cara
Hablo por mi diferencia
Defiendo lo que soy
Y no soy tan raro
Me apesta la injusticia.

P. LEMBEL

El orden es apenas un anhelo de confort
el desorden oxigena ese anhelo
que revolotea se aleja
fuera de alcance
Es mejor aprender a vivir
en el desorden y la ebullicion
Aceptar el desatino
P.J. GUTIERREZ

PRIMERA PARTE

La mujer abre la puerta y me juna de arriba abajo sin ningún tipo de disimulo. Acostumbrado a ese tipo de escaneos, me empilché bien, aunque el pantalón está salpicado de pintura en la botamanga, o quizás justamente por eso la mujer me mira raro, porque me vestí bien. No lo sé.

Enseguida me dice que ella es la encargada de la pensión. Y que todo está completo. Sé que hay un cuarto libre y que es una pensión de mierda, como hay cientos en este barrio. Por eso insisto. Le explico por qué estoy ahí y quién me mandó, lo cual tampoco es del todo cierto, pero la verdad sería muy larga de explicar en este momento.

Abre un poco más la puerta y, si bien ella sigue en lo alto, ahora veo que se entreabre una posibilidad. Me explica que el único cuarto que está libre aún no está listo. Le pregunto si igual puedo visitarlo. Entonces duda y, a regañadientes, me hace pasar y me dice que la siga.

La sigo. Es la primera pensión que visito desde que decidí mudarme, y es la primera vez que lo hago solo. Acabo de cumplir veinte años. La mujer va subiendo la escalera, haciéndome preguntas, si soy solo, si trabajo; y yo voy tras ella, tras su culo, sus talones callosos (lleva ojotas), raspando los peldaños hundidos, las paredes descascaradas.

Hacía tiempo que venía postergando este momento. Un poco por desidia, por pereza, por comodidad, y por el consejo que me había chiflado mi amigo el Pelado (diez años mayor): «Aguantá hasta que pase el invierno».

Y ya estábamos en agosto. En un pasillo donde van apareciendo puertas de un lado y al otro una reja con dos o tres macetas que cuelgan entre la ropa tendida y que veo da al patio de abajo.

—Acá está la cocina —me indica cuando pasamos junto a un espacio lúgubre, con una mesada grasienta y una pileta. Y, ahí no-

más, habíamos llegado al fondo del pasillo, nos dispusimos a subir otra escalera, empinada y angosta, esta vez sin baranda, hasta la terraza.

—Acá vas a estar tranquilo si te quedás —me dijo al llegar a lo alto, recuperando el aliento—. Solo vive un hombre mayor en la de al lado.

La habitación que me indica es minúscula, con el espacio justo para una cama y un ropero. Apenas metí la cabeza y divisé que en lo alto tenía una ventana. Le pregunté el precio.

Me dijo que antes del fin de semana su marido iba a subir a poner la puerta. Recién ahí me rescaté de que era eso lo que le faltaba. Le dije que eso no me molestaba y le pregunté cuándo podía mudarme.

Pero los primeros días fueron, por lo menos, inquietantes.

Yo opté por la vía del aturdimiento. Salía del laburo a la tarde-cita y le daba a la birra, solo o en dudosa compañía, hasta que me cansaba de la meadera constante (tengo vejiga exigua) y me pasaba a la ginebra, cuestión de llegar a la catretra en un estado de semiinconsciencia. Subía las escaleras titubeando, ya de noche, poniendo huevos. Y el *nock-out*, apenas apoyaba la cabeza y me arrebuja en la frazada, no tardaba en llegar.

Eso del equilibrio y la vida sana es para los que se entretienen con el decorado. Porque el verdadero deporte está en la vida misma, en saltar los muros sin hacerte demasiado mierda. En encajar los golpes y andar ligero.

Yo no había llevado casi nada, un bolso con mi ropa y el equipito de música con un par de cedés.

La vieja Gladys le había pasado el dato a la Pepa y ella me lo tiró a mí. Primero tranqui y después corte de apurada. Y es verdad que yo venía pateando el asunto y que la Pepa, novia del Pelado, también estaba buscando un lugar para mudarse.

La vieja Gladys es una gorda chiquita que labura en la Cooperativa embolsando sanguches y bizcochitos. Yo la tengo vista de un par de asambleas y de la época en la que laburaba en el bar.

Digo la época como si hubiese sido hace diez años. Y es que en realidad las cosas están pasando bastante al trote, como tiene que ser. Porque yo al principio entré en el bar, antes de que me trasladaran al puesto de la facultad.

Ahora sé que la vieja vive en una habitación que da al patio de abajo, con una nena de unos diez o doce años, medio retrasada. No sé bien si es su hija o su nieta o qué, pero a la que deja sola casi todo el día mientras ella embolsa palmeritas en la cuadra.

Atrás está la cuadra, su contingente zoológico y su arsenal, y adelante el bar, con sus estudiantes y doctores, con la luz entrando por espigados ventanales.

La hija de la Gladys, entonces, se queda en la pensión y, según se cuenta, los muchachos, sobre todo los vejetes, se la pasan por las armas en el ñoba, que también da al patio. Y toman como única precaución anticonceptiva el método de entrarle solo por el culo. Como dicen las malas lenguas que ocurrió con María, la de la Biblia. Pero ya se sabe que se dicen muchas cosas. Y al parecer ella no se queja, como tampoco parece haberlo hecho María según cuentan.

Se dice que hay dos tipos de obsesiones que te llevan derecho al infierno y sin escalas: una es el sexo y la otra es la muerte. Yo padezco las dos. Aunque ambas me circundan a cierta distancia si tomamos en cuenta los hechos concretitos, yo las tengo bastante presentes y las acecho y las persigo o viceversa, no sé muy bien.

No logro entender hasta qué punto es uno el que lleva las riendas de su destino y hasta dónde funcionan los mecanismos del azar, las circunstancias, toda esa amalgama de cosas que ocurren sin que uno tenga ni tan siquiera un remoto control sobre las mismas.

Vivimos escuchando y, sobre todo, leyendo en los eslóganes de las publicidades algo así como que todo depende de ti, de vos, de mí; mucha autoayuda y libertad interior. Pero, la posta, o al menos lo que a mí más me flashea, es que no entendemos nada, o al menos yo no cazo una o no mucho; y, cuando veo las caripelas de la

gente en la calle, en el super, en el subte, lo primero que me viene a la cabeza no es: «Uy, qué clara que la tienen». No, ni ahí.

Es así que logro dormir sin demasiados sobresaltos. A la excepción del despertador que chirría al otro lado de la pared durante un buen rato, a eso del amanecer. Mi vecino debe también tener un sueño bastante espeso, porque el relojito suena y suena, tirititi, tirititti, y nada: me dan ganas de patearle la pared, pero lo entiendo y sigo durmiendo.

Aún no hemos intercambiado más que un saludo rápido en el descanso de la escalera, que es a lo máximo que he llegado con el resto de los inquilinos, aparte de un viejo flaco y loco que ya me agarró dos veces en el piso de abajo y me contó sus problemas, su dieta y su concepción del mundo.

Después está la portera, con la que he tenido la ocasión de chamuyar un toque más, y no sé si se interesa en mí, corte policía, calentona, mama o una mezcla de las tres, pero me da la impresión de que nos entendemos bien.

Por eso, cuando suena el despertador de este lado del muro, tampoco quiero saber nada, y recién atino a despegar un ojo cuando el sol se cuele por el ventanuco y me da de refilón en plena jeta. Ya sé que es tarde, pero la cabeza me pesa, y mucho. La luz se incrusta detrás, contra la pared. El vidrio está salpicado de pintura.

Estiro un brazo hasta el suelo y voy tanteando, entre puchos, carozos y pelusas, hasta dar con el relojito. Tengo que enfocar bien para descifrar la posición de las agujas. Con un solo ojo resulta imposible. OK, diez y diez, la sonrisa macabra. El puesto tiene que estar abierto para el recreo de las nueve y cinco. Ya que está, me digo, puedo reposarme unos minutos más. No tiene ningún sentido apurarse.

Se está muy bien en este colchón hundido.

Me levanto. Yo, con la fuerza de voluntad que me queda, que no tengo, y me restriego los ojos y me escarbo la nariz. Pongo los pies en el piso. ¡Mierda! Las baldosas están heladas. Tengo dos op-

ciones: los famosos y dudosos cinco minutos más y que el mundo vaya prescindiendo de mí o sumarme a la pelea por la supervivencia y arrancar.

Recojo el pantalón del suelo y abro la puerta. Otra vez me dejé las llaves del lado de afuera. Tengo que estar un poco más pillo, porque sino, alguien se va a tentar con hacerme la jodita y me va a dejar encerrado. Sopla una brisa fresca. Subo los cuatro escalones que me separan de la terraza y veo la ropa agitándose en el dofón. Voy hasta la rejilla que está en el medio y me echo una meada espesa y contundente, de un color que resulta preocupante. Intento no salpicarme las zapatillas; son las únicas que tengo.

Constato una vez más lo agradable que es mear a cielo abierto, aun estando alerta por si alguien sube. Voy hasta el piletón y me echo agua en la cara. Pienso en las ventajas de no tener ningún espejo. Nadie se ha dejado un jabón, pero no me importa, el placer está en secarse con una toalla seca, y ahí hay una colgando.

Lleno la botella, me pego un par de tragos, me hago unos buchitos y con lo que queda vuelvo a la habitación, salto sobre la cama, paso la mano por el hueco de la ventana y riego la plantita. Tengo que trasplantarla. Es hembrita, y para que crezca la tengo que pasar a una maceta más grande. El inconveniente de que pegue el estirón es el riesgo que se corre con los vecinos de las otras azoteas, riesgo que es doble. Algunos podrían denunciarme y mandarme la yuta, mientras que los más piolas optarían por llevársela.

Me armo un finoli con las tucas (para arrancar tranqui); agarro el encendedor, las llaves y me calzo la campera. Zapateando los escalones de resbalón, bajo hasta el primer piso y doblo por el pasillo. De una de las habitaciones me llega la voz de una locutora de radio con tono de forra. Me sorprende que desde tan temprano puedan escucharse sonidos tan degradantes. Envuelto con olor a mandarina y torta frita, voy hasta la otra escalera y repiqueteando salto a la vereda. Aprieto el *play* y el casete se pone en marcha. La cinta se desliza y me acomodo los auriculares. Mecho. Vereda con sol y árboles, canta el Salmón: «... Te vi quemando el pasaporte

con rabia»; 'toy yendo a laburar (tarde pero seguro), en paz con el universo. Hasta la parada. Nada malo puede pasar.

Llega el bondi, el 26, no hay asientos libres, me acomodo en el espacio reservado para los discapacitados, contra la ventanilla, entre los muertos que se resignan y los que, obligados a simular que existen, se siguen maquillando. Escucho casi todo el lado B y me bajo de un salto. Camino por Goyena hasta la facultad. Subo hasta el segundo piso, constato que, evidentemente, el puesto está cerrado y que no hay nadie. Todos están en clase. Si le meto pata, puede que haya café para el próximo recreo. En principio, con que haya para mí, estoy contento. Tengo que ir a llenar un bidón al baño. Echo el café en la máquina, a ojo. Aprieto el botón y la cafetera se enciende.

Del carro, cerrado con candado, saco las bandejas con facturas que me deja mi tocayo bien temprano a la mañana. Un pibe medio raro, bien laburante, tartamudo, que cumple. Me separo dos de manteca y dos con pastelera. Las otras van sobre la mesa. Descorro la tela, donde aparecen los sanguches de ayer y de anteaer.

Las mujeres de la limpieza pasan saludando y me preguntan si el café ya está listo. Enseguida se acerca una estudiante con un monedero en la mano. El viejo del puesto de enfrente me saluda con un gesto, medio buena onda, medio desprobador. Es un peronista que vende libros de sociología. El otro día me contó el único consejo que siempre le daba su padre, otro peronista: «En la vida podés ser lo que vos quieras, pibe; pero hay dos cosas que no podés ser bajo ningún punto de vista: ni boludo ni policía».

Apago el *walkman* y enciendo la radio. Suena Fito. «Fumando el humo mientras todo pasa». Un temón.

Casi es mediodía, tengo todo listo, se viene una hora y media de locura. Las hordas de estudiantes están por caer. Mi trabajo consiste en servirles rápido, sin tiempo que perder. Salen todos al mismo tiempo y van formando una cola que abarca casi todo el segundo piso. El griterío se hace insoportable. Muchos empiezan

a observarme con desaprobación. Las preguntas que nunca faltan. Tengo que estar atento a la guita y esperar, a mi vez, a que se decidan. Hacen fila durante media hora y, una vez que llegan, dudan. Se plantan delante de la mesa y reflexionan.

Y todo con el tono que los caracteriza. El de buenos clientes, hijos de papá, que en su vida han laburado, exigen convencidos de lo que les es debido. Y los peores son los gentiles, que se la dan de buena onda y conciencia social. Siempre rozando la lástima, ese desprecio solapado que es la piedad, careteando empatía.

Hoy me toca otra vez arreglármelas solo. Está bien, me la banco, de alguna manera me motiva. Saco pecho. Sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias. Porque el Charly está de baja, real, depresiva a *full*. O sea, que puede que esté en el bar del Kiko, al otro lado de Goyena, chupándose una caña en la barra junto a los otros *habitúes* o bien se decidió y se pegó un tiro en la boca. Según él, la mejor forma de suicidio. Aunque, pensándolo bien, creo que ese no es su estilo. Lo suyo es más bien lo de colgarse, algo más discreto y acorde con su temperamento.

Mientras tanto, siguen pasando; si hay productos sin gluten, para veganos, si el jamón es fresco, porque la última vez... ¡¿Si hay café descafeinado?! Cosas que uno nunca había escuchado, propias de los estudiantes de la Literatura, la Filosofía, el Arte, la Antropología. Los anhelantes del saber.

Pero voy por partes.

Yo mismo estaba ahí hasta hace unos meses. Ahora sigo yendo a alguna clase, pero como oyente nomás. La brecha se fue haciendo muy evidente. Y entre tomarme una birra en el patio o en la calle, e intentar cursar Teoría Literaria, la decisión no se hizo complicada, cuestión de experiencia, nomás.

Además, andá a entender Literatura Medieval Española cuando venís de donde yo vengo. Tan raro me resultaba lo que oía que en la clase de Gramática I llegué a dudar de si estaban chamuyando en castellano o en algún otro idioma, estilo latín o japonés, qué sé yo, cuestión que no me quedó otra que desertar.

Las primeras semanas la remé un toque intentando convencerme de la importancia del conocimiento, del saber, pero fue al pedo. Hasta solicité una beca para los apuntes —me la dieron—, pero ya venía muy quemado desde el vamos: las lagunas en mi educación eran mares. Acá llegaban pibes y pibas que se habían curtido algo más que fútbol de primera los domingos y porrito tras el desayuno.

Tenía que elegir un bando. No la podía jugar de gato toda la vida. Y la universidad es un lugar para chetos, serios, que quieren subirse al bondi del progreso, y recibirse y agarrar un diploma. Por eso el apuro que les agarra entre dos clases, porque van del punto A al punto B y no se pueden distraer. Por eso me relojean con desprecio. Porque yo soy un prolo que en los ratos libres se amarra a su lata de Quilmes y al churro como únicas tablas para flotar en este lío.

Y además soy un boludo (ya es hora de admitirlo) que no para de cagarla, incapaz de realizar cualquier tarea sin encontrarla absurda.

Ahora me empilcho como los muchachos de la Coope (¡todo el día bailando cumbial!); todos laburantes, del interior, del conurbano; drogadictos, alcohólicos, enferrados: zapatillas deportivas y gorrita alta.

Me agarro entre quince y veinte pesos por día. Nunca más, nunca menos. Esa es mi cuota. Me agacho debajo del mostrador y encanuto los billetes en el bolsillo y acá no ha pasado nada.

Al principio yo arranqué en el bar, donde está la sede de la Cooperativa, atendiendo las mesas a la mañana. Con otra piba de mi edad, Karen, bastante discreta por cierto, que ya tenía un gurí de dos años con uno de los pioneros de la Coope, que ahora estaba en cana. El Muñe, que un día le pintó la del secuestro exprés con una 32 y terminó en el penal de Ezeiza, pero eso es otra historia.

Yo servía los cafecitos y Karen me los despachaba detrás de la barra. Yo estaba contento, llevaba té a las enfermeras, cortados

a las estudiantes; estaba en una Cooperativa que, cuando bajaron al maestro Fuentealba con una granada lacrimógena en la nuca, cerró sus puertas y nos fuimos en banda para la plaza con bandera y todo.

Vicente caía a eso de las diez, con su metro noventa, su campera de *jean*, cancherísimo con su bigotón, y me explicaba cómo le gustaba el café con leche y por qué las medialunas las prefería de grasa y no de manteca; y yo cada mañana se lo llevaba hasta la mesa, siempre cerca de la puerta de entrada, donde leía el *Gran Diario Argentino*.

Una vez le pregunté por qué lo leía, y me respondió que porque traía el deportivo:

—Por los burros, en realidad, porque el fútbol ni lo entiendo, y eso que soy de Peñarol...

Y ahí capaz que se largaba a contar. Aunque el mejor momento era a la tardecita, cuando ya los dos habíamos terminado y él ya estaba con la curda justa como para hablarme de Montevideo, de su compañera embarazada.

—Y eso que yo no andaba en ninguna, eh, en mi puta vida toqué un fierro, pero, te digo, cuando te están torturando, le entregás hasta a tu vieja.

Tengo que decirlo y es un constato que hago: soy bueno para escuchar a la gente. Pongo cara de serio (de dolobu) y el otro como que entra en confianza, se siente escuchado. Por eso el Vicente me contó a mí. Por eso y porque lo necesitaba. Por eso y porque estaba en pedo. Qué mierda se iba a guardar las confidencias. Y, además, ya había pasado mucho tiempo.

Había llegado a secretario del Partido Socialista, allá en Montevideo. Trasca un debate larguísimo, se había dado una escisión entre ellos y los Tupamaros. Cuestión, que el PS se inclina por la vía democrática, dicha vía pacífica. Todo piola, cada uno por su lado.

Pero hete aquí que la cosa se pone muy picante y se decide que hay un par que se tienen que rajar. Después de lo de Punta Carre-

tas, todo se va al carajo y se vive con el culo en la mano. Vicente y Claudia son de los que tienen que cruzar el charco. Está todo arreglado, los pasajes, la pensión en Buenos Aires, todo. Ella está casi de siete meses, y lo mejor es que se vayan un tiempo, esperando hasta que escampe.

Quedaron en encontrarse cerca del muelle, en Pocitos. Y Vicente esperó durante esa tarde y pasó la noche apostado junto a uno de los pilotes, desde donde podía ver sin ser visto. Hasta que recién por la mañana advirtió la llegada de otro cumpa que venía a informarle, que se tenía que ir solo, que Claudia había caído en uno de los cientos de retenes que asediaban Montevideo y que ni aun embarazada había podido sortear, pero que no se preocupara, que era más útil estando del otro lado, que de todos modos a ella la iban a soltar enseguida y en un par de días ya se iban a encontrar en Buenos Aires.

Esto fue para la Navidad del 75. Las primeras semanas las pasó encerrado en su habitación, leyendo a Galeano, con una lámpara, envuelto en una frazada, cortando en pedacitos las páginas que iba leyendo. En abril se lo llevaron a él.

Primero a la comisaría, donde lo registraron, le hicieron el pianito, lo metieron en una celda. Todo lo cual, y aunque no parezca a primera vista, era un buen indicio. Después de un par de días, lo trasladaron encapuchado no sabe dónde. Ahí también perdió la noción de los días y de las noches.

Los tenían en una especie de galpón o hangar, vendados los ojos, de pie todo el tiempo, y al que se movía o hablaba lo molían a palos o a patadas, y ni a cagar ni a mear ni a comer, nada.

—De la locura me salvaron los faraones —decía Vicente ahora con su bigote blanco—. Me repetía las dinastías y sus descendientes. No en vano había sido Egipto el tema de mi tesis cuando me recibí en Historia.

Al final lo largaron, casi un año después, en un descampado, cerca de Berazateguá.

Me colgué craneando en eso y en María, la vieja del tal Jesús. No todos los días te pasa que te llenan el culo de leche, y después, ¡oh, milagro!, te quedás embarazada, y encima, y, por si fuera poco, el que te lo hizo te dice que es Dios y que lo tenés que criar.

Y ni siquiera es que viene él mismo y da la cara. No. Más bien corte mafia. Te envía a uno de sus sicarios. Me lo imagino empilchado a lo siciliano, con un palillo entre los labios, el Gabi, haciéndole los mandados al jefe.

Sí, estuve piturreando, tranquilo, y me puse reflexivo. No me cuesta mucho entrar en modo divague. Primero dejé el puesto y, bajando las escaleras, me crucé con los del PO repartiendo prensa. La flaca que me lo alcanza me dice que puedo colaborar con lo que pueda. Me palpo los bolsillos y le digo que ahora no tengo, que mañana, y salgo disparado hasta al patio y me senté a mechar.

Ahora sí...

Me voy pateando para la pensión. Las luces de los coches y del alumbrado ya están encendidas. Voy parando, una lata, dos latas, en cómodos umbrales fríos (detecto el mejor; ancho y largo, altura suficiente, limpio, donde no haya muchos timbres, cuestión de que nadie me joda), hasta la botella de litro ya en el barrio.

Me acomodo por Humahuaca y veo a la gente que pasa. Y bebo, y hasta entono y me río solo. Hay veces en que me lleva un rato saber en qué año estamos o cuántos años tengo. Si lo pienso puede que llegue a la conclusión de poder tener veinte o sesenta o cuarenta o catorce. Me siento gastado, con ganas de tirarme acá, en plena calle o en cualquier lado, y dejarme estar...

Alguna vez este barrio debió de ser otra cosa, con los laburantes que venían al abasto. Ahora es un *shopping* y el rioba está cambiando. Torres con rejas y guardias armados. Mucha seguridad. Bares para gente *cool*; grandes *boutiques* con vidrieras a la moda.

Para adentro se da como un equilibrio; y en la pensión las familias se amasijan de hasta diez por pieza. Alquilar algo es difícil, te la ponen complicada; por la guita y por los papeles que hacen falta.

La pensión es como un conventillo de los de antes y está hecha mierda. Las paredes y el techo se caen a pedazos, pero el precio está bien. Y a mí, por ahora, no me queda otra. Después de todo, no puedo quejarme.

Salgo a la calle con la excusa de que quiero fumar. Es sábado y el barrio está en calma. Me gusta arrancar tranquilo, sin apuro, como esa vieja que pasa con su changuito y su chiguagua.

Rumbeo hacia el abasto, cosa de ver gente, un poco de movimiento. Las bolitas venden verdurita acuclilladas en la vereda, en la esquina de Sánchez un viejo hace girar la piedra de afilar pedaleando en el lugar.

Encuentro medio pucho en el suelo y lo enciendo. En eso veo un chino cirujeando en la basura, la imagen me sorprende (es la primera vez que veo una cosa así), una cultura milenaria revolviendo los tachos de basura en el culo del mundo, me digo, y atino a réirme, pero es como si una espada me entrara por las orejas. Tengo una resaca que me parte al medio.

Apenas doblo por Mario Bravo, que no doy ni cuatro pasos, que veo aparecer una minita corriendo despavorida, primero para un lado, y luego para el otro, pegando alaridos como si la hubieran apuñalado.

Pero es evidente que no es eso (es muy temprano además). Es solo que le acaban de chorear (probablemente la cartera, o el celular, o las dos cosas) y la piba no para de gritar —en gringo; puede ser inglés o ruso o alemán—, y yo tardo un rato en reaccionar (la resaca me deja corto de reflejos), dudando de si la situación realmente está ocurriendo o si es otro fruto de mi demencia.

Recién me muevo (para quedar medio oculto detrás de un coche estacionado) cuando veo aparecer a uno de los gorilas que custodian el *shopping*, esprinteando las escalinatas como si fuera Rocky (pero al revés). De toque se le suman una piba vestida de Mac Donalds y un tipo que paseaba al perro.

Acostumbrados a este tipo de situaciones (lo mismo ocurre todos los días), los tres aparentan apiadarse de la gringa mientras

miran con furia (con odio) hacia donde pudiera esconderse el malandra.

La gringa ha empezado a llorar. Uno de los hombres, el gorila, señala una de las cámaras apostadas en lo alto. «*Don't worry* —le dice—. *Don't worry*».

Volví a la pensión, porque no tenía un mango y porque los dos puchos que pude rescatar acabaron por obstruir el poco oxígeno que podía llegarme al cerebro.

Me encontré con el Oski, el viejo de la pieza contigua a la mía, sentado en la puerta de su habitación.

—Qué hacés, Quebrachito —me dice, y nos estrechamos la mano.

Desde que en la semana le di largas a su propuesta de entrar en la Unidad, se le metió en la cabeza que soy de Quebracho. Y todo porque había guita en el medio. A mí me pareció sospechoso (aunque la posta es que cuando me lo dijo yo estaba en otra) y a él le pareció sospechoso que yo le dijera que no.

—¿Pongo algo de música? —le pregunto.

—Poné lo que quieras, Quebrachito, a mí no me molesta.

Lo dice con negligencia, como si en verdad no le importara. Acercó el equipito y miro lo que hay dentro. El que está puesto está bien, pienso, linda metáfora para esta hora de resaca: «Un baión para el ojo idiota».

También es porque uso la misma chilaba con que los de Quebracho se tapan la jeta cada vez que hacen quilombo.

Del fondo de su habitación (tan minúscula como la mía) se oye el murmullo de un televisor; el mismo que resuena cada madrugada con el eco de las risas, los sorteos y sus pastores evangélicos prometiendo el paraíso en tierra.

El Oski se agarra la cabeza, escupe. Frunce la jeta como si el reflejo del sol le jodiera la existencia.

Estamos en la misma, padeciendo la espera de ese primer trago; nos hacemos compañía. La vista perdida en los techos de las casas vecinas; «los ojos de durax lastimados».

Nos quedamos un rato así, en silencio, hasta que me doy cuenta de que el Oski ha empezado a llorar. Por suerte no tengo que preguntarle qué le pasa. Él mismo me lo explica.

—Haceme una gauchada, Quebrachito —me dice, sorbiéndose los mocos y restregándose la manga de la camisa por la cara (una cara curtida, surcada por los años)—. Andate hasta el chinoca que está acá a la vuelta y te traés una cajita de Zumuva; blanquito, eh..., no, esperá, mejor traete dos, ya vi que vos también le entrás; y otra cosita, Quebrachito, oíme que es importante: los escondés cuando volvés acá. Sabés que abajo me tienen castigado —guiño de ojos—, y no quieren que tome más, ¿te das cuenta?, a mi edad...

Y, tras esto, se metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó un billete arrugado de cinco pesos y me lo dio al tiempo que me sujetaba la mano para decirme que esperara, mientras que con la otra sacaba cincuenta centavos del bolsillo de la camisa diciéndome: «Esto para un sobrecito de Tang de ananá».

Le dije que no había problema, claro, que yo también estaba pensando en lo mismo. Manoteé la mochila negra y me disponía a bajar las escaleras cuando oí al Oski que me decía:

—Gracias, Quebrachito, gracias.

Abajo en la pensión son varios los que se dicen parientes del Oski (aunque no entiendo bien si es en sentido literal o figurado): hijas, nietos, exmujeres, sobrinos, sobrinas, cuñadas, de todo.

Ya en la calle me pregunté a cuál de los dos le pegaba peor la resaca. Porque yo soy flojo, lo admito, pero este viejo es un sentimental, con esos ojos de huevo que se le salen para afuera.

Por lo demás, esa era la consecuencia de la borrachera, el precio del choborra. Y, al mismo tiempo, su resurrección. Aunque en este momento el sol en la cabeza ya me estaba haciendo un efecto atroz. «Tal vez necesito una aspirina», me dije. O dos. O al menos desayunar.

Entré al chino como si entrara al paraíso. «Con una birra bien fría —me digo—, voy a estar mejor. No sé si agarrar una bolsita

de pan o no. Observo la botella de ginebra durante un instante: la grande y la chiquita; pero sigo de largo hasta la parte de los vinos.

Me agacho para agarrar las cajitas de Zumuva (porque los hijos de puta te la ponen a ras del suelo) cuando oigo que un chino me pasa por atrás, con medias y pantuflas, diciendo: «Hay olor a pito». Entendí clarito, aunque no puede ser.

Pagué y metí todo en la mochila. Casi me olvido del Tang.

Una vez en la vereda me hice el sermón: tengo que parar el porro, aunque sea un par de días. Siempre me pasa con la resaca, justo antes de escabiar: me doy consejos, recomendaciones, cláusulas para llevar una vida mejor, pero después se me pasa.

A la segunda cajita ya estamos como queremos, las abrimos con los dientes y lanzamos las colillas con un gesto preciso (un chasquido entre la uña del anular y la yema del pulgar). A veces las embocamos, a veces no.

Somos nosotros mismos. La tarde va cayendo lenta y del piso de abajo sube un ritmo de chamamé. Estamos en la cresta de la ola, ese momento de gloria donde el Zumuva blanco te baila en la cabeza y todo resulta posible.

El Oski va hilvanando historias de mujeres que amó, viajes rarísimos por el Chaco, hasta que llega a la historia del tanque, plenos años setenta. A veces puede ser un poco entreverado, pero acá lo anoto.

Historia del Oski

Los milicos les rodean la manzana. El Oski está escondido desde hace diez días en una tapera, un departamentito de una pieza, al fondo de una casa, por Villa Pueyrredón. Eran cinco ahí adentro; dos legales que entraban y salían, y tres clandestinos.

—Estábamos hasta las pelotas —me dice el Oski—. Teníamos papeles, comunicados, y teníamos los fierros, por eso siempre estaba presente la posibilidad de resistir. Rendirse no era una posi-

bilidad, ya sabés, si te agarraban te amasijaban (picana, submarino, esas cosas). Había que rajar, y teníamos dos opciones: o la pastilla de cianuro o los techos.

»Y los milicos nos tenían la manzana rodeada. Yo ni en pedo resistía. Capaz que eran treinta o cuarenta milicos, con sus camiones y todo, pero para mí era como el desembarco de Normandía. Nosotros teníamos una capacidad de réplica muy limitada; una Uzi, dos Ballester-Molina, una Halcón, un par de granadas que nadie sabía bien cómo usar; nada serio.

»Y la otra era que ni en pedo me tomaba la pastilla. Si me querían agarrar, primero me iban a tener que encontrar. Así que me escabullí con lo puesto por una escalerita que subía al techo.

»Y te digo que tuve el cagazo de mi vida, Quebrachito; al punto que ni sé lo que hicieron los otros; va..., lo supé después, pero de ese momento solo me acuerdo del miedo, de la necesidad de esconderme, de correr agachado y de arrastrarme hasta un tanque de agua que fue como un oasis en el desierto; solo que estábamos en pleno invierno y yo lo único que escuchaba eran los gritos de los milicos, los ladridos de los perros, las botas cerrando el cerco y el tableteo metálico de las ametralladoras.

»Pero ni me lo pensé. En esos momentos ni pensás, actuás. Y ahí te das cuenta de que tu vida, que la vida, pende de un hilo. Pensá que yo me había metido en esto no por convicción ni por heroísmo, fue más bien que no nos dejaban vivir, una época muy jodida para rebelarse, muy muy jodida.

»Cuestión es que me metí en el tanque y me zambullí dejando solo la cabeza afuera; qué te digo, los huevos me quedaron como canicas, tan helada que estaba, y empecé a temblar y a taparme la boca para que no se oyera el temblequeo de mis dientes, y hasta el bombeo del corazón en el agua me parecía que me podía delatar.

»Hasta que alguien abrió la tapia y lo que vi fue un soldado; el casco contra el cielo gris y el cañón de la metra apuntándome. Ese agujero negro que aún hoy recuerdo perfectamente. Ahí me dije: “Ya está”. Y no te miento, Quebrachito, si te digo que nos

miramos en los ojos un segundo, un segundo nada más, pero que alcanzó para que él me hablara, una pregunta, me hizo una pregunta, entendés: “¿Vos por qué hacés esto?”. Y yo, ¿qué le iba a decir?, lo primero que me vino a la mente, la verdad: “Por Perón”, le dije. Eso nada más. Y ahí, ¿sabés que me respondió? Era un pibe de mi edad, capaz que hasta más chico, capaz que esa mañana se había afeitado con un espejo manchado, igual que yo; “Por eso no te mato —me dijo—, porque mi viejo también era peronista”. Y ahí bajó la tapia y se fue. Llegué a escuchar lo que decía: “¡Acá no hay nadie!”. Y por eso estoy acá, Quebrachito, por ese muchacho.

»Después me quedé ahí hasta la noche; temblando y recagado de miedo. Se escucharon tiros, corridas, gritos. Pero yo no me moví. Me cagué de frío, pero no me moví. Esperé a que los camiones se fueran y también un par de horas más. Porque yo no me quería morir, Quebrachito. Nunca más volví a agarrar un fierro. Bueno, sí, pero unos cuantos años después, aunque eso es otra historia.

Volvimos a quedarnos en silencio. El Oski vuelve a llenar los vasos (tazas, en realidad, sin asas; la del Oski con un poco de jugo Tang) y yo voy hasta la pila de CD y agarro uno de Silvio. Lo pongo pensando que puede ser acorde a la situación, pero al tercer túbulo me doy cuenta de que es insoportable y lo saco. Lo tiro sobre la cama y pongo uno de La Renga; bajito.

A partir de ahí comienza una especie de divague, con otras anécdotas entreveradas de llantos y a veces balbuceadas, como si siguiera hablando en sueños, un descenso hacia la nada, hasta que yo me decida por fin a dejarlo, volver al chino a buscar una botella de ginebra.

Pero antes, cuando me estoy calzando la mochila para salir, el Oski me agarra del brazo y me dice:

—Escuchame, Quebrachito, tengo que pedirte una cosa más antes de que te vayas; si algún día, yo sé que vos volvés tarde, me encontrás tirado en la calle o en el medio de la vereda, seguro es

que estoy muy en pedo y que no puedo levantarme, no me dejés, Quebrachito, por favor te lo pido. ¡No me dejés tirado!, traeme hasta acá.

Macerando toda la tarde en Zumuva blanco, salgo de la pensión hecho un avión, una avioneta mejor dicho, o un barrilete; *alegretto* como solo el vino blanco sabe ponerte.

Medio tambaleando y haciendo el equilibrista, historia de no zigzaguear e ir rebotando contra las paredes de las casas; necesitando a gritos un remontante —«¡dame más gasolina!»—, algo más concreto y contundente para arrancar la noche con un poco de *rock and roll*.

«Hasta acá hemos llegado», me digo cuando salgo del chino, clavándome dos tragos de ginebra Bols (de litro), acompasaditos, ásperos como la vida, cuando veo que del otro lado de Billinghamurst viene cruzando Javi, con ese paso suyo de quien sabe a dónde va, y no te me cruces en el medio.

—Acompañame ya que estás al pedo.

Me dice que tiene que hacer unas compras y, mientras avanzamos hacia las vías, me va explicando cómo encontró nuevo tranza; que el tipo es medio bardo, hiperpersecuta, pero que labura buena merca. Ni sé cómo sabe tantas cosas del chabón: que tiene dos hijas, que está separado, que tuvo que cambiar de laburo porque la guita no le rendía.

Aún no es del todo de noche, y corre una brisa fresca, los árboles a lo largo de la vereda, se siente el movimiento del sábado, Corrientes embotellada.

Llegamos a la plaza Fumarola, y el Javi saca un buen troncho como para ir entrando entre las luces y las sombras donde se adivinan otras personas sentadas en las bancas, o de pie; pibes con gorras, pibas encapuchadas; la horda de los que saben que esta es la plaza más canuta de todo Almagro y que, aun si llegara a caer la trulla, siempre estará la vía para salir zafando.

Por ahora todo tranqui, en familia. Va, mucho mejor que en familia. Acá nadie te jode haciéndose el bueno, y el que te jode es

porque sabe que te quiere joder. Si no, está todo liso.

Javier me está diciendo que el lunes arranca en la Cooperativa (la noticia me sorprende), que ya arregló todo con Vicente, y que lo van a poner atrás, en la cuadra, de limpieza.

Me aclara (como si fuera necesario) que lo hace por la guita. Tiene la mitad de los dientes podridos, catorce caries, y el dentista te rompe el orto: le pasaron un presupuesto para el arreglo y, tras haber hecho las cuentas, comprobó que eran como seis meses de trabajo en la Cooperativa, si no más.

—Más o menos el tiempo que pasaste sin tocar un cepillo de dientes —le digo, sin mirarlo, medio en joda, aunque de todos modos solo veo una silueta oscura sentada sobre el respaldo, un caño, del banco, inclinado hacia delante, los codos sobre las rodillas.

Tiene esas cosas el Javi. Hubo una época en la que no se lavaba el pelo o en que ni se bañaba durante semanas; hubo otra en que, tras leer *Sidharta*, cualquiera lo podía estrangular sin que él hiciera nada.

Y, como ahora son los dientes y la manija con el laburo y el *rock*, mañana será otra cosa (el yoga, la quiromancia o las anfetis) de la que va a seguir una verborrea implacable, un defecto de carácter que muchas veces le impide escuchar, pero que no deja de ser una fuerza que en no pocas ocasiones me ha ahorrado el gasto de tener que hablar.

Y en ese trance (me puse sentimental, craneando que lo más difícil es bancar los errores de los otros, tanto o más que aceptar los propios, ¡esas cagadas que uno nunca deja de mandarse!, aunque vivir no sea más que eso: errar, vivir errando, errar errando), de esos mambos marihuanos, me sacó el mensajito de texto que llegó al celular y que le iluminó el rostro al Javi.

—Moreno y Falcón —dijo.

—Es en Caballito, cerca del Rivadavia —dije yo.

—Vamos; es en quince.

Pegamos un salto y nos fuimos ligero bajo el puente; y al salir del otro lado escuchamos un chistido que venía desde lo alto:

—Eh, ¡chis, chis!

Pero no nos damos vuelta, nos hacemos los otarios (yo todavía tengo la tuca en la mano); atinamos a seguir, pero el tipo insiste:

—¡Eh, loco, bancá!

Y nos damos vuelta, y vemos un pibe que se asoma desde arriba del puente con una caja bastante grande entre las manos, amagando con que va a lanzarla. La situación ocurre tan rápido que apenas tengo tiempo de reaccionar (en general soy lento, pero cuando fumo soy peor). Javier se adelanta y le hace un «dale» moviendo la cabeza de arriba abajo, y el otro, efectivamente, la suelta; y, sin demorarse, salta él, tomando la caja de las manos de Javi, agradeciendo por la manito, y salió corriendo para el otro lado.

Todo el camino por Rivadavia y después por Yrygoyen, y después por Rosario, Javier me fue hablando de sus dientes, su nueva canción, sus proyectos con la guita que iba a ganar laburando; de Irina, una piba del conservatorio que lo tiene loco, superloca punk, bajista de una banda, con la que quiere armar algo; así, sin parar, salvo para prenderse un pucho, que yo aprovecho para hidratarme; y me digo que capaz nos conocemos demasiado, desde antes de hacer estos personajes que ahora hacemos; rol o personaje, lo que sea que uno cumple cuando está con los otros; lo cual no sería nada si no fuera que el personaje que nos hemos construido es casi idéntico para los dos.

Mas al llegar al lugar nos rescatamos de que o el tipo estaba completamente loco, o era idiota, o los idiotas éramos nosotros, y acá debía de haber un error, porque enfrente se erguía el Instituto Universitario de la Policía Federal con su poli enferrado en la esquina y otro en lo alto supervisándolo todo a punta de metrallata.

Primero constatamos que la calle fuera Falcón (ajusticiado por el anarquista Simón Radowitzki en respuesta a la represión ordenada por este días antes contra una manifestación obrera en plaza Lorea) —del otro lado cambia de nombre—; después volvimos a leer el mensajito; y a punto estábamos de irnos a la mierda cuando

vimos un auto que se arrimaba a la vereda, un Renault 11 bordó, del año del pedo, y Javier dijo:

—Acá, o nos besamos o salimos corriendo.

Pero no nos dio tiempo ni para uno ni para lo otro porque en eso la ventanilla fue bajando a duras penas dejando al descubierto un rostro moreno, peinado con gomina, de traje y corbata, que, al reconocer a Javier, dijo:

—Dale, suban, ¿qué esperan?

Y nosotros intercambiando una mirada rápida, como dudando, y coincidiendo en que la situación era bizarrísima, y al mismo tiempo como persuadiéndonos de que, ya que estábamos en el baile, bailábamos; Javier bordeó el coche por adelante mientras yo montaba detrás.

—Disculpen que los apure así —nos dijo una vez que cerramos las puertas—, lo que pasa es que no puedo estacionar a la izquierda.

—No, no hay problema —le dijo Javier, como si fuera eso lo más extraño de la secuencia.

Y durante un rato ninguno dijo más nada. Recién cuando pasamos el parque, el tipo se puso a explicar cuál era su propuesta. Dijo que había tenido mucho laburo, y de ahí se fue explayando con comentarios sobre las dificultades del oficio, que yo escuchaba a medias siguiendo el recorrido del coche, ahora doblábamos por La Plata rumbo al sur; todo para acabar diciendo que solo le quedaba una tiza grande; que era más cara, obvio; pero que era 100 % pura; «puranga, puranga», dijo; recién llegada de Bolivia, y que nos hacía precio dejándonosla a solo cien mangos, y así él terminaba y empezaba el fin de semana; «Yo no tengo esa guita», pensé, pero no dije nada. Y al final resultó que el Javi le había manoteado la cartera a su vieja, pensando entre otros gastos en morfarnos unas Uggi's a la vuelta.

Ahí, el tipo dobló a la derecha y a mitad de cuadra dobló otra vez —esta a la izquierda—, metiéndose por una callecita angosta para acabar frente a un edificio de medio pelo, como si estuviéran-

mos esperando a alguien, metiendo el freno de mano, y pispeando por el retrovisor sacó del maletín un tubito envuelto en papel metálico que intercambié por el billete que Javier ya tenía en la mano.

—Van a ver qué buena es —dijo—, después me cuentan, cuídense.

Y, antes de agregar nada más, ya estábamos otra vez en la vereda viendo cómo el auto se alejaba y desaparecía al doblar la esquina.

—Menos mal que la tengo chiquita —dijo Javier, acomodándose la tiza en el calzón.

Y, acto seguido, emprendimos la marcha de vuelta rumbo a Rivadavia. Javier, sin dejar de caminar, le tipeó un mensaje al Pela diciéndole que se viniera para la pensión, que celebrábamos Navidad anticipada.

Y, cosa rara, unos segundos después, sonó el bip con la respuesta: «¡Listo!».

Pateamos por Acoyte hasta Díaz Vélez; ahí cruzamos y nos metimos por el parque; Javier me va diciendo que me apure, y me dio que se me adelanta, pero yo no puedo seguirle el paso (se me despegó la suela de la zapatilla) y, además, no entiendo.

—¿Tan manija estás? —medio que le grito.

Ninguna de las farolas funcionan, y andar rengo la verdad que se me complica.

Entonces, pegando zancadas cada vez más largas, y yo saltando como un caguro (o un pinguino, no sé bien; en todo caso, rengo), me pregunta si no sé lo que le pasó a Dieguito la semana pasada.

Le digo que no, porque no tengo ni idea ni de quién me está hablando.

—¡Pero vos no te enterás de nada! —exclama—. Dieguito, el de la murga, ¿te acordás?

Le hago que sí, aunque no estoy seguro de si es el gordo con barba y cara de boludo o el chiquito dientudo con cara de rata.

—Bueno, ese —me dice, ya agitado, cuando estamos bordeando el *skate park*—; está internado en el Durán.